

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 7 DE FEBRERO DE 1909

NÚMERO 58



## MARICHU

Todas las niñas volvían á sus casas, locas de contento, á pasar las vacaciones, ostentando las bandas y medallas ganadas durante el curso con su aplicación y buena conducta. Sólo Marichu volvía triste.

La bulliciosa caravana fué dispersándose, continuando sólo, por la Castellana hacia el Hipódromo, Marichu y Paz. Cuando la primera se vió sola con su mejor amiga, no pudo retener por más tiempo las lágrimas.

Ayuntamiento de Madrid

—Ya verás cómo mi padre me castiga por no traer ningún premio y no me dejará ir á casa de la abuelita.

—¿Quieres que mamá pase esta noche y le cuente lo que ha sucedido?

—No, por Dios.

Las niñas se abrazaron cariñosamente, y cada una entró en su casa. Paz corrió al encuentro de su madre, que la esperaba en el jardín con los brazos abiertos, y juntas fueron á colocar sobre la mesa del despacho del Sr. Rojas los premios de su hija, para sorprenderle cuando volviese á su casa. Mientras esto sucedía, Marichu entró en el cuarto de miss Cook, y anegada en lágrimas, le confió sus penas y sus temores.

Para que nuestros pequeños lectores puedan comprender las amarguras de la niña, les contaremos lo que le había sucedido. Su padre, señor severo, se quedó viudo muy joven, y encomendó el cuidado de su única hija á miss Cook, antigua institutriz de la madre de ésta. Marichu era feliz; pero como no hay bien que cien años dure, la pobre miss se quedó ciega, y el señor de Aroca decidió poner á la niña, que ya tenía doce años, interna en las Ursulinas. Ella era inteligente y aplicada, por lo que adelantó mucho en sus estudios; su padre la veía rara vez por retenerle sus negocios siempre alejado de Madrid, y su abuela, nunca, porque vivía en el campo cerca de Murcia. Al principio del curso que terminaba cuando hemos conocido á Marichu, se puso la anciana institutriz gravemente enferma, y aprovechando la ausencia del Sr. Aroca, que debía durar hasta la primavera, suplicó á la superiora del colegio que dejase salir á su querida niña para que la cuidara. La superiora accedió á tan justo deseo; pero la enfermedad se prolongó y la pequeña no pudo volver al colegio hasta uno de los últimos días de Mayo. Naturalmente, en tan poco tiempo sus esfuerzos fueron inútiles y le fué imposible examinarse.

El conflicto era grande. Si decía la verdad, su padre se enfadaría porque había salido del colegio sin su autorización, y si se la ocultaba creería que era desaplicada y la castigaría lo mismo.

La pobre criatura torturaba su imaginación sin encontrar el modo de resolver un problema tan difícil, cuando se abrió suavemente la puerta y apareció Paz, que, deslizándose sin ser vista, se aproximó al grupo formado por miss Cook y Marichu, colgó al cuello de ésta una cinta celeste, de la cual pendía una gran medalla que con gruesos caracteres tenía grabadas estas palabras: «Recompensa de aplicación y buena conducta», y salió corriendo sin dar tiempo á su amiga para que se repusiera de la emoción que le produjo su cariñosa generosidad. En el corazón de la niña se entabló un nuevo combate. No sabía qué hacer. Enseñar á su padre la medalla, recibir enhorabuenas y quizá un regalo por una recompensa que no había merecido, repugnaba á su recta conciencia, y confesar la verdad le daba un miedo atroz.

Por fin se decidió por lo último. Enjugó sus lágrimas, besó á la miss, y con la decisión de la persona que va á cumplir un deber salió del cuarto, cruzó una antesala y llamó con los nudillos á la puerta del des-

pacho. Un «adelante» respondió á su llamamiento. Hizo girar el picaporte y se encontró delante de su padre, que levantó la cabeza, y sin dejar de escribir exclamó:

—¡Hola, pequeña! ¿Te han dado ya vacaciones?

La interrogada no respondió porque no podía articular palabra.

—¿Qué te pasa? Estás triste. ¿Has sido mala?—preguntó el Sr. Aroca con aspereza.

—Sí y no—repuso la niña, rompiendo á llorar.

—Bien, bien; basta de lágrimas. Este verano no vas á casa de tu abuela, para que aprendas á ser mejor.

—Bueno, papá, pero escúchame; quiero que sepas lo que ha pasado y lo que ha hecho Paz, para que veas lo buena que es.

Y contó á su padre que había salido del colegio sin su permiso, por temor á que negara á su buena institutriz el consuelo de tenerla á su lado durante su enfermedad. Le describió su pena al comprender el castigo que la iba á imponer y la abnegación de su amigueta, que voluntariamente se privaba de su medalla, si ella la hubiese aceptado, por evitarla un disgusto.

El Sr. Aroca abrazó con ternura á Marichu, á la vez que decía:

—Hija mía, yo soy áspero y severo, pero soy tu padre y te quiero mucho. Me has juzgado mal creyendo que te hubiese prohibido asistir á la pobre miss, que con tanto cariño te ha criado. Ahora vamos á devolver esa medalla á Facecita, y la convidaremos para que pase el verano contigo en casa de tu abuela. La buena señora estará encantada con sus huéspedes, y yo te regalaré otra medalla con el ángel de la Guarda para que te conserve siempre los sentimientos de nobleza y rectitud que hoy encierra tu alma.

M.<sup>a</sup> DOLORES DE PERALES.





## LOS AFEITES

De todos los tiempos y de todas las edades es el deseo de parecer mejor de lo que la Naturaleza nos hizo, y este afán de corregirla debió nacer el mismo día en que un ser humano contempló su imagen en el claro espejo de una fuente y vió que no era tal como lo había pensado, es decir, igual que la de otra persona que á él le pareciese prototipo de la perfección, por donde vino en gana de corregir sus facciones ó su color, con objeto de parecésele.

El día que tal idea surgió en su mente, comenzaron los humanos á inventar afeites, ó sea productos merced á los cuales el de rostro pálido adquiriera el encendido color de la rosa, el de tez morena se tornara blanco mate, el de cabellera blanca ó encanecida por los años recuperase el rubio ó el negro que tuvo en su juventud. De manera que para buscar el origen de los afeites, hay que remontarse á las más lejanas edades de la vida de los hombres, seguros de encontrar un rastro demostrativo de que la coquetería y la presunción son tan viejas como la raza humana.

Como prueba de esto, y haciendo caso omiso de que se encontró en las grutas de Mentón, junto á instrumentos de ágata, silox y cuarzo pertenecientes á la edad de piedra, un trozo de sulfuro de antimonio, de donde se puede deducir que ya se empleaba para la pintura del rostro; cabe asegurar que los asirios, los babilonios, los hebreos y los árabes lo usaban comúnmente; los textos bíblicos refieren que Jezabel, al saber que Jebú llegaba á Samaria, se pintó con antimonio los ojos antes de presentarse á él con objeto de desarmar su cólera.

Tras el antimonio apareció el albayalde, que los egipcios empleaban desde hace cuatro mil años para pintarse de blanco. Usaron también el minio, la galena, el manganeso. Tanta importancia se concedió en Oriente á la moda de pintarse, que los más elevados personajes dedicáronse á estudiar la composición de los afeites usados, y escribieron tratados sobre esta materia.

Y no vaya á creerse que esto de colorearse la piel es propio sólo de civilizaciones relativamente avanzadas, pues lo hacen los salvajes que pueblan el interior de Africa, los de las islas de la Oceanía, y lo hicieron también los primitivos pobladores de América. Ahora que como la idea de belleza varía según la raza y según las épocas, creen los salvajes de la Oceanía, por ejemplo, que su suprema expresión consiste en pintarse todo el cuerpo con los más estrambóticos signos, dibujos y colores, mientras que á nosotros eso nos parece una aberración.

En Grecia, los afeites estuvieron muy en boga, usándolos tanto los hombres como las mujeres.

En Roma no los conocieron en la primera época, pero luego que los importaron de Grecia, se extendió tanto su empleo y la afición que inspiraren, que rayó en verdadero abuso. Las damas romanas, al levantarse, se frotaban el rostro, las manos y los brazos con una pomada llamada *helenium*; después, con jabón hecho de harina de habas y con un jugo grasiento que se extraía de la piel de las ovejas.

Para que el cutis estuviera terso empleaban otra composición llamada *alinoe*. A fin de blanquear la cara usaban el albayalde y la cerusa; como medio de darle color, echaron mano de un líquido extraído en un alga marina llamado *fucus* y del bermellón. Para avivar el brillo de los ojos se ennegrecían los párpados con una pomada de hollín y grasa; se teñían las cejas con carbón. Un líquido espeso que se sacaba de las bayas del saúco negro de hueso, y una decocción de sanguijuelas servía para teñir de negro el pelo; por cierto que cuenta Plinio que este preparado, que había que dejar fermentar en vinagre durante sesenta días, era tan fuerte que si al aplicárselo no se tenía llena de aceite la boca, ennegrecía los dientes. Cuando querían tener el cabello rubio, ceniciento ó rubio oro, se lo lavaban con un jabón que fabricaban los galos, hecho con cenizas de haya y sebo de cabra, ó mezclando heces de vino, vinagre ó aceite de lentisco con jugo de membrillo.

Casi todos los autores romanos, entre ellos Cicerón, describen los afeites que se usaron en aquel tiempo, y en los que entraban materias tan heterogéneas como el albayalde, el minio, el estiércol de cocodrilo, la tierra de blúos, el cinabrio, el plomo, los huesos de dátiles, etcétera, etc. Como dato curioso debe decirse que los triunfadores debían hacer su entrada solemne en Roma teñidos de minio.

Claro es que en nuestros días ha continuado la añeja costumbre, y las damas usan también afeites con objeto de hermosearse. Menos mal que no está su empleo tan extendido entre los hombres.

JUAN ANTON.



## LAS BONDADDES DE NINI

XIII

Entró la doncella y me preguntó:

—¿Llama la señorita Nini?

—Sí, llamo, llamo; vamos á ver si tú sabes jugar con el rompecabezas.

—Veamos. Pero ¡qué lástima!—dijo.—¿Ya se han roto los soldados?

—¡A ti no te importa, fea!

—¡Uy que malos vientos corren!

—Anda, forma este castillo, que yo no sé, por más que pienso cómo puede hacerse—la dije yo muy pacífica; sí, señor; y esto se lo digo á ustedes para que puedan juzgar bien las cosas cuando acabe de contarles lo que ocurrió después, porque mis papás y los abuelos se enfadaron, y hasta el médico puso una cara muy fosca y no me dió caramelos. Bueno... ya no me acuerdo de lo que estaba diciendo... ¡ah, sí! sí me acuerdo; que yo, muy tranquila, mandé á la doncella que formase el castillo aquél, y yo estaba allí espera que te espera.

Ella cogió los tarugos y, vuelta de un lado, vuelta de otro, y más y más vueltas el castillo yo no lo veía aparecer por ninguna parte.

—Yo no sé formar esto—dijo por fin la doncella.

—Pues quiero—contesté.

—¡Pero si no aciertol!

—¡Pues quiero, quiero y me da la gana!

—¡Si yo también quiero y no puedo!—dijo la doncella.

—¡Pues eres una tonta y una estúpida! ¡Quiero que lo formes ahora mismo!

Ella se puso á coger otra vez los tarugos, pero nada, no salía el castillo. Y me dió rabia, sí, señor, me dió rabia, porque todo aquello era por hacerme á mí rabiar; como pensé esto, y á mí no me gusta pensar las cosas mucho rato, fui y ¡zas!, la tiré uno, dos, tres y cuatro

tarugos á la cabeza. ¡Flojito lío se armó! La chica, vamos, la doncella, empezó á chillar y á decir:

—¡Ay, Dios mío, sangre, sangre!

Yo, al oír eso, me asusté algo y me tiré de la cama; entraron todos y no sabían á quién acudir.

—¿Qué es esto, Nini, qué es esto?

—¡Que llamen inmediatamente al doctor!—exclamó mamá.

Porque se me olvidó decir que á la muchacha sí que la salía sangre de la frente, y se había caído en una silla y no hablaba ni nada.

—¡A la cama, Nini!—grito papá en cuanto se fijó mi.

—¡Yo no la he hecho ese chichón con sangre, papaito! Yo sólo la tiré unos tarugos, y eso no hace sangre. Eso debe ser que le sale una fuente de sangre de la frente, como á mí me salió un río de los ojos; conque á ver como no se me echan á mí las culpas...

Papá me cogió y me metió en la cama; después comenzó á hablar muy enfadado; pero hablaba solo, no conmigo.

—Esta Nini—oí que decía—es incorregible; primero se emborracha como un hombre malo; todos los días hace mil barbaridades, la abundancia de vino que tomó la ha producido una congestión; nos ha tenido medio muertos de susto á todos, y cuando la vemos ya buena, y para distraerla en la convalecencia la compró yo tantos juguetes, en vez de entretenerse como hubieran hecho otras niñas con juegos pacíficos, con muñecas ó con la salita, ella arma juegos de chicos, batallas, guerras. y, por si es poco, nos trae este disgustazo de herir á esta pobre muchacha. ¡Qué mala es Nini, qué mala! ¡Otras niñas tan dulces y buenas, y ésta...! ¿Y qué dirá el doctor cuando lo sepa?...

...Y así seguía hablando y hablando; yo le miraba con la boca abierta porque me parecía rarísimo todo lo que decía. Decididamente mi papá no sabía lo que se pescaba. En primer lugar, yo no había herido á la muchacha, ni la había mandado que se quedase... así... toda estirada en una silla y sin hablar; además, eso de que mi papá dijese que le gusta más como son otras niñas me parecía una atrocidad. ¡Pues si las demás niñas son muy malas y yo soy la única buena! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Todo el mundo está loco!

Cuando estaba pensando esto, entró el médico.

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.





#### LA FUGA DE CARLOS EL TEMERARIO. CUADRO DE BURNAUD

Carlos, apellidado por su arrojo el *Temerario*, fué duque de Borgoña, y educado en un exagerado romanticismo que se exacerbó con las lecturas de libros de Caballerías, se lanzó á las más arriesgadas aventuras guerreras. En lucha con el rey de Francia Luis XI, consiguió grandes y fáciles victorias; pero sus triunfos están en la Historia ennegrecidos por la crueldad

del duque Carlos. Por el año 1476 guerreó contra los suizos, confiado en que había de dominarles fácilmente, pero éstos le derrotaron tres veces, y en la última quedó Carlos el *Temerario* muerto en el campo. El cuadro de Eugenio Burnaud representa su fuga, después de la derrota de Morat, con los restos de su hueste.



## LOS ANIMALES ANTE LOS TRIBUNALES DE JUSTICIA

No en las fábulas ni en los cuentos sino en la vida real se ha visto recientemente comparecer ante los tribunales de justicia. Hace pocos meses una rica americana de Filadelfia, Mrs. Bloomfield, había llevado á su perro *Ruff* á casa de un dentista de canes, que después de narcotizar al chucho, le había sacado un diente cariado que le dolía muchísimo, y le había puesto otro postizo de oro. Pero es el caso que aunque la operación no resultó dolorosa para el perro, lo fué para su ama, á quien el dentista pasó una cuenta de 140 *dollars*. Como la dueña se resistiera á pagar esta enormidad, hubo pleito, y el perro tuvo que ser llevado ante el tribunal para que se examinara su dentadura.

Ultimamente ha comparecido ante el juez de paz un elefante nada menos. El motivo de su comparecencia no ha sido en concepto de criminal, sino como víctima. Un cornac cingalés, á cuya custodia estaba confiado dicho elefante, fué acusado de maltratar cruelmente al animal, y tuvo que comparecer ante la autoridad judicial en compañía de su víctima. El elefante fué llevado á un patio del palacio de justicia, y el juez, dejando el estrado, se trasladó al patio en unión de los peritos para examinar el daño del pobre animal martirizado.

Otro elefante ha estado en prisión en un jardín de aclimatación de Cincinnati, en América; un caballero se entretenía en dar fruta á los elefantes, cuando uno de éstos, al que ofrecía un higo, se tragó con éste una sortija del caballero en la que estaba montado un brillante de gran precio. En seguida dió el caballero parte de lo ocurrido á la autoridad, y el elefante fué encerrado hasta que, prescindiendo de otros trámites, se administró al animal un enérgico purgante, y al día siguiente... restituyó la alhaja á su dueño y fué puesto en libertad.



RELATOS DE CAZA

## CUERPO A CUERPO

Convencido Lapalme—colono francés establecido en Argelia—de que era preciso acabar con una pantera que había dado en la costumbre de asaltar sus rediles, cogió una noche su rifle y se acercó a la cercana sierra. Ya en ella, ató a un árbol una cabra que, raquítica y enferma, había sido destinada para servir de cebo, y hecho esto y escondido entre la tupida maleza de un próximo barranco, sumióse en un profundo silencio y esperó á que se presentara su enemigo. La noche estaba serena. Una calma mayestática invadía el ambiente; en el cielo azul titilaban las estrellas, y en la tierra, envuelta en sombras, un manso arroyuelo de mezquino caudal se deslizaba casi sin ruido entre los gigantescos *cactus* que marcaban su corriente. Según fueron transcurriendo las horas, Lapalme sintió cómo en la sierra y en el llano se levantaban extraños rumores... Era que las nocturnas alimañas empezaban sus correrías. La cabreja baló tristemente, y al punto le respondieron desde varios sitios los chacales con sus ruidosos gruñidos y las hienas con su aullar penetrante...

Al fin salió la luna y, merced á su claro resplandor, el colono pudo contemplar todo lo que le rodeaba. Unos chacales se acercaron á la cabra, pero espantados por los silbidos de Lapalme, huyeron á la desbandada. Desesperaba ya nuestro cazador de que la pantera se

presentara, y temía que estuviera en sus rediles entregada á la destrucción y á la matanza, cuando notó que todos los bichos callaban como si se los tragara la tierra, al mismo tiempo que la pobre cabra balaba doliente y trémula cual si presintiera la proximidad del peligro. Transcurridos unos instantes de indescriptible ansiedad, Lapalme, fijos los ojos en el ribazo, vió al fin lo que tanto ansiaba ver: la pantera que, apareciendo en lo alto, empezó á caminar hacia el cebo arras-trándose como una serpiente, pero antes de que llegara á la cabra,



Lapalme tiró del gatillo y el estuendo del disparo fué retumbando de eco en eco...

Disipose el humo, y cuando el colono contaba ya con que la fiera estaba muerta, sintiéndola rugir y vióla avanzar hacia donde él se encontraba. En seguida, sin perder tiempo, arrollóse al brazo izquierdo un chaquetón forrado

de fuerte piel, y no había terminado de desenvainar un buido puñal cuando la pantera, dando un salto formidable, se precipitó sobre él, abiertas las diformes fauces y relampagueantes los ojos. Fué una feroz lucha cuerpo á cuerpo, lucha sin cuartel, lucha llena de jadeos y estertores. La fiera mordía rabiosa el chaquetón, y Lapalme la apuñalaba sin cesar, hasta que, acertando una vez á herirla en el corazón, vióla rodar agonizante...

Alzóse el colono muy maltrhecho del combate, y como á la sazón naciera el día, murmuró casi sin aliento:

—¡Yo también puedo decir que nazco ahora!

José A. LIENGÜE.



CERCO DE VIENA Y HÚIDA DEL TURCO

## D. ALFONSO DE AVALOS

MARQUÉS DEL GUASTO

Descendiente de españoles y sobrino del marqués de Pescara, fué de los capitanes que más gloria alcanzaron en los ejércitos de Carlos V. Se halló en todas las campañas de Lombardía, á las órdenes de Próspero Colona y del virrey de Nápoles, D. Carlos Lanoy, y más tarde en el sitio á Marsella que puso el duque de Borbón, realizando en aquéllas y en éste actos de tanto valor, que le hicieron merecer el puesto de más peligro en la vanguardia del ejército que salió de Lodi para vencer á Francisco I.

En la batalla tuvo rasgos de verdadero genio militar; pero en ninguna acción mereció tantos elogios como en la de acometer á Mirabello, donde se fortificaba aquél, en la cual expuso su vida á todo riesgo y las mejores tropas de nuestra Infantería, saliendo de ella, después de haber destrozado el escuadrón suizo, de haber muerto á muchos caballeros de la Guardia real y de haber iniciado la victoria, sin pérdida suya ni daño en sus soldados.

Muerto Pescara, quedó en Milán por uno de sus gobernadores, hasta 1527, que, no queriendo tomar parte en el Saco de Roma, se separó del ejército de Lombardía para marchar al de Nápoles, donde la fortuna había de aprovecharle en beneficio del Emperador.

D. Hugo de Moncada, deseoso de acabar con el predominio marítimo de Francia en el Mediterráneo, concertó, acompañado de Ascanio Colona y del marqués, el ataque á la flota enemiga, cuyo capitán

era el célebre marino genovés Andrés Doria, dando lugar á la batalla naval conocida por la de Salerno, en la que, después de perder naves y gran número de soldados, murió aquel valeroso jefe y fueron hechos prisioneros aquellos ilustres capitanes. Estos, aprovechando los días de cárcel, pasaron á ser los hábiles diplomáticos á quienes debió el Emperador el concurso que más adelante prestó el almirante á la Armada española, abandonando la alianza francesa para defender la causa imperial.

Conquistada la libertad, como consecuencia del pacto por ellos tratado, quiso el Monarca español que el marqués, con las fuerzas del Milanésado y con los ejércitos auxiliares de Alemania, le acompañara á la empresa de Austria, yendo á contener y destruir la preponderancia militar de tierra del sultán turco. En esta inolvidable campaña, que dió por resultado la huida vergonzosa del poderoso oriental, tomó parte tan activa, que cumpliendo órdenes del generalísimo, persiguió la retaguardia mahometana, dándola alcance y desbaratándola por completo, no haciendo más porque aquella, sin batirse en retirada, iba rompiendo puentes conforme se escapaba hacia su Imperio.

Después de estos hechos, con Alarcón y S. M. Imperial tomó parte en la defensa de Túnez, y allí fué de los primeros caballeros que sitió y asaltó la Goleta, conquistando, por su virtud y esfuerzo, mucha gloria en la batalla que ganaron los españoles cerca de aquella ciudad.

Reconocida unánimemente su pericia, volvió á Nápoles, partiendo en 1536 con el ejército que invadió la Provenza. La marcha que hicieron nuestras tropas aún maravilla hoy al mundo militar, y hubiérase alcanzado un triunfo de gran resonancia en la Historia si las que esperaban de Alemania y Flandes no llegaran tan á destiempo; con todo, los generales españoles Leyva, Guasto, Cueva y Alba no desacreditaron el renombre adquirido en anteriores luchas; el primero redujo á Fosano; el segundo deshizo los destacamentos avanzados que tenía el enemigo en la frontera, y los otros dos añadieron nuevos laureles á sus aristocráticas casas dirigiendo la artillería el uno, y el otro conduciendo el centro del ejército imperial.

A la muerte del héroe de Pavía, Guasto toma posesión del Gobierno del Estado de Milán, dejándolo en 1544 para ir á nueva guerra contra los franceses. Tuvo en ella mucha desgracia: capitán general de los españoles, perdió la batalla de Cerisoles, por lo cual vino á España, siendo mal recibido en la Corte, que le demostró frialdad y disgusto por el anterior descalabro.

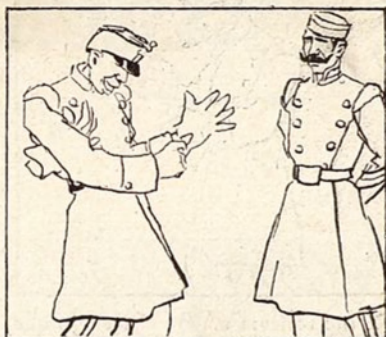
Despidióse del Emperador para ir á instalarse en sus posesiones de Lombardia, en las que permaneció el resto de su vida sufriendo los achaques adquiridos en las guerras y el despego de su Rey. Murió en 1546, cuando iban mitigando sus dolores y penas el cariño que recibía de sus súbditos.

ENRIQUE PACHECO DE LEYVA

## LOS GUANTES VERDES



—Estos guantes—le dijo el sargento al soldado Romo—son prenda de uniforme y hay que llevarlos puestos.



A presencia de su superior, aprendió Romo a calzarse aquellos guantes verdes, que le parecieron preciosos.



Satisfecho el sargento, se alejó, despidiéndole Romo respetuosamente con el saludo de ordenanza.



No cesaba el soldado de mirar sus guantes, sintiendo que no pudieran verle todos los de su pueblo.



Aquella elegancia estaba pidiendo á voces un cigarro puro para lucirlo en los Cuatro Caminos.



Romo encontró gran dificultad para sacar de la caja una cerilla con aquellas prendas de uniforme.



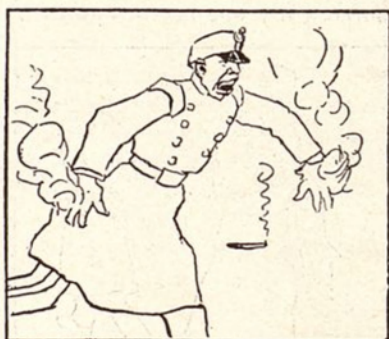
Y fué todavía mayor el trabajo que le costó encenderla, porque se le escapaba de los enguantados dedos.



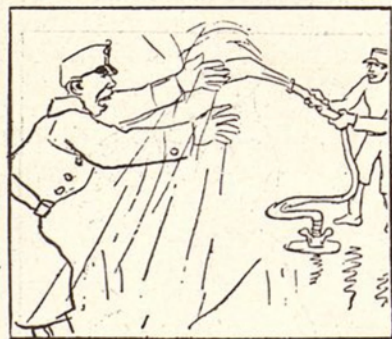
Con perseverancia todo se consigue, y al fin Romo logró que la cerilla ardiera y encendió su puro.



De paso que saboreaba el cigarro, notó el soldado que los guantes abrigan con demasiado calor.



Se habían incendiado con la cerilla, y como el sargento le había prohibido quitárselos, no sabía qué hacer.



Encontróse entonces con un manguero de la villa, y mostrándole las manos gritó: «Agua al número uno».



Dominado el siniestro, Romo, contento y satisfecho, continuó su paseo luciendo los guantes verdes.